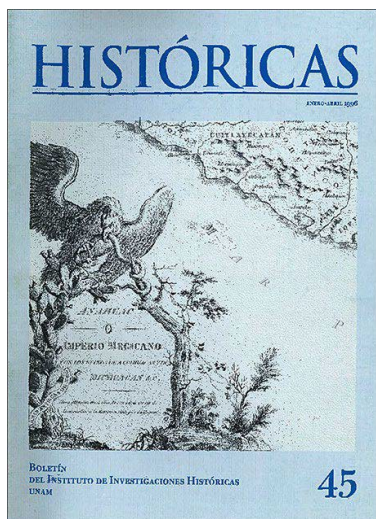




Artículo: Conquistas mexicanas en el pacífico
Autor(es): Icaza Dufour, Francisco de
Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
Número: 45
Año: 1996
ISSN edición impresa: 0187-182X
ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Icaza Dufour, Francisco de. "Conquistas mexicanas en el pacífico" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 45 (1996): p. 37-48. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3868>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Conquistas mexicanas en el Pacífico

Francisco de Icaza Dufour
Escuela Libre de Derecho

“Todo reino de este mundo se gana por guerra y con victoria se ensancha”, según reza una frase atribuida a San Isidro,¹ y éstas son unas breves consideraciones sobre la conquista de algunas islas del Pacífico, realizada por los mexicanos bajo las banderas imperiales de España, a las cuales nombraron Filipinas en homenaje a su rey Felipe II.

Cuando en la Nueva España ya existía una primera generación de criollos y mestizos, llegó a la ciudad de México un joven guipuzcoano de nombre Miguel López que, al poco de haberse establecido en esta noble ciudad, contrajo nupcias con doña Isabel Garcés y González de Castrejón, quien había venido a estas tierras acompañando a su tío fray Julián Garcés, a la sazón designado como primer obispo de Tlaxcala y gran promotor de la bula *Pius Fidelium*.² De ese matrimonio nacieron cuatro varones y cinco hijas,³ cuya dilatada descendencia aún subsiste en México.⁴ Hacia 1530, Miguel López, quien había aprendido de su padre el oficio de escribano,⁵ llegó a ocupar, primero interinamente y más tarde como titular, el cargo de escribano del cabildo de la ciudad de México, en el que se desempeñó durante veintidós largos años, habiendo acumulado además una de las escribanías del número de la dicha ciudad y la del Tribunal del Santo Oficio,⁶ lo que le permitió reunir una regular fortuna.

¹ Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias (Noticias históricas de Nueva España)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1949, p. 19.

² Vid. Guillermo López de Lara, *Ideas tempranas de la política social en Indias. Apología de los indios. Bula de la libertad*, México, Editorial Jus, 1977.

³ Francisco A. de Icaza, *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España*, Madrid, 1923, tomo II, p. 22.

⁴ De los hijos de López de Legazpi sólo se conoce la sucesión de tres de ellos: I. Melchor López de Legazpi casó con doña Luisa de Albornoz; ambos fueron padres de don García de Albornoz, quien casó con doña María Ortiz de Ora y fueron padres de doña Luisa de Albornoz, casada con don Juan Altamirano y Velasco, II conde de Santiago Calimaya, con sucesión; II. doña Teresa Garcés casó con don Pedro Salcedo, y fueron padres de Felipe y Juan Salcedo, quienes participaron en las empresas de su abuelo, con sucesión; III. doña Margarita, casada con don Gaspar de Garnica, con sucesión. Vid. Alejandro Villaseñor y Villaseñor, *Los condes de Santiago*, México, Tipografía de “El Tiempo”, 1901.

⁵ Junta de cabildo de 19 de enero de 1530. Actas de Cabildo de la Ciudad de México. *El Municipio Libre*, México, 1889, libro II, p. 30.

⁶ Fue designado como secretario del Santo Oficio por fray Juan de Zumárraga y actuó como tal en

Las remotas Islas de la Especiería, cercanas a la India, y cuyo número se contaba por miles, según lo había anunciado Tolomeo, eran el sueño acariciado por España desde los viajes colombinos y en su descubrimiento y conquista habían cifrado sus empeños, entre otros, Magallanes y Jofre de Loaisa. Todas las expediciones salidas desde España habían fracasado, pues los portugueses posesionados del Moluco se habían convertido en un obstáculo infranqueable, por lo cual Nueva España se convirtió, desde mediados del siglo xvi, en la base para la organización de las expediciones de conquista y colonización de aquellas tierras. Cortés, Pedro de Alvarado y el virrey Mendoza soñaron con alcanzar el lejano archipiélago, pero la gloria sería para el virrey don Luis de Velasco, a quien Felipe II encargó la organización de la empresa, que desde las costas mexicanas alcanzó el éxito y que desafortunadamente no llegó a ver el virrey, pues falleció unos días antes de que partiera la expedición.

En el imperial Convento de San Agustín, en México, vivía hacia 1559 fray Andrés de Urdaneta, quien antes de tomar el hábito de la orden del santo obispo de Hipona había sido marino y llegó a formar parte de alguna de las infortunadas expediciones organizadas para la conquista de aquellas islas. Por su experiencia como mareante y su indiscutible celo apostólico, Felipe II recurrió a él para encomendarle la formación y guía de una nueva empresa, cuyo objetivo era precisamente la anhelada conquista de las islas del Poniente, la cual debía partir desde Acapulco, en donde la abundancia de árboles facilitaría la construcción de las naves requeridas para la travesía, además de la ventajosa posición geográfica de ese puerto y la salubridad de su clima.

Para encabezar la expedición se escogió a Miguel López, quien para entonces ya utilizaba el toponímico “de Legazpi”, por ser originario de la población de Legazpia en Guipúzcoa.⁷ El flamante capitán contaba con más de cincuenta años y carecía de experiencia militar, pues había dedicado su vida al ejercicio del oficio de escribano; pero reunía todas las virtudes necesarias para cumplir con los deseos del rey para que la empresa fuera pacífica y sin derramamiento de sangre, ya que su objetivo principal debía ser la evangelización de los naturales, como lo habían expuesto Vitoria y fray Bartolomé de las Casas. Esta actitud puede resumirse en la frase del propio Felipe II, consignada por el padre

el famoso proceso del cacique don Carlos. *Vid. Proceso criminal del Santo Oficio de la Inquisición y del fiscal en su nombre contra don Carlos, indio principal de Texcoco*, México, Publicaciones del Archivo General de la Nación, 1910.

⁷ Francisco A. de Icaza, *op. cit.*, tomo II, p. 22.

Colín, “por una sola ermita en que en Filipinas se conservase el Santo Nombre de Dios gastaría la renta toda de mis reinos”.⁸

Si bien es cierto que la empresa a Filipinas fue una de las pocas costeadas directamente por la Corona, también lo es que López de Legazpi aportó una buena parte del capital, como lo atestiguó el padre Urdaneta, en una carta dirigida al rey, en donde le expresa sobre Legazpi: “Va sólo por servir a Dios y a vuestra majestad a su propia costa”⁹ y más tarde Melchor de Legazpi, hijo del capitán, agobiado por las deudas contraídas por el padre para sufragar los gastos de la expedición, también escribió al rey: “A vuestra alteza le consta cómo viviendo mi padre en la ciudad de México en mucha quietud y sosiego y teniendo buenas haciendas y muy bien de comer, se dispuso a venderlo todo y dejar sus hijos y casa en sólo el amparo y protección real[...] y hoy día sirve a vuestra alteza en dichas islas siempre a su costa sin habérsele dado ayuda de costa ni salario alguno.”¹⁰ Sin embargo, la ayuda nunca llegó y, como muchos de los conquistadores, Legazpi habría de morir en la pobreza, sin disfrutar siquiera del título de adelantado de las Filipinas, que le fuera concedido por real cédula de Felipe II, dada en El Escorial, el 14 de agosto de 1569.

En 17 de noviembre de 1564, partió del puerto de la Navidad, en la actualidad Barra de Navidad, la armada compuesta por cuatro naves, llamadas *San Pedro*, *San Pablo*, *San Juan* y *San Lucas*, con cuatrocientos hombres bien provistos de armas, municiones y “ropas para las aguas”, todos ellos “naturales o vecinos de Nueva España”.¹¹ El 27 de abril del siguiente año, llegó la armada a la isla Cebú, en donde los nativos atemorizados abandonaron sus casas y en una de ellas, el marinero Juan Camus, encontró una estatuilla del Niño Jesús, que años antes había regalado Magallanes a la reina de ese lugar.¹² El suceso animó al capitán Legazpi para establecer allí la primera población hispana y erigir la primera iglesia de las islas Filipinas y “comenzaron a hacer un fuerte, e

⁸ Francisco Colín, *Labor evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús, fundación en su provincia en las Islas Filipinas*, 3 v., nueva edición por P. Pastels, Barcelona, 1900-1902, v. 1, p. 26.

⁹ J. Ignacio Rubio Mañé, “La expedición de Miguel López de Legazpi a Filipinas”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, segunda serie, tomo v, núm. 3 y 4, México, 1964, p. 726.

¹⁰ José de Legazpi Arceche, *Historia de la conquista de Filipinas*, Zarauz, Editorial Icharopena, 1947, p. 52.

¹¹ Enrique Cárdenas de la Peña, *Urdaneta y el tornaviaje*, México, Secretaría de Marina, 1965, p. 90.

¹² *Ibid.*, p. 100.

hicieron fuera de él una iglesia, donde pusieron el Niño Jesús: y la isla la llaman San Miguel, porque se entró en ella el día de su aparición".¹³

En tanto el padre Urdaneta realizaba su famoso tornaviaje hacia la Nueva España, Legazpi quedó en Filipinas continuando su exploración y conquista; el 24 de junio de 1571, fundó la ciudad de Manila, cabeza y corte de las Filipinas, en donde falleció el 20 de agosto de 1572. Con la muerte de Legazpi no se detuvo la empresa conquistadora, pues fue continuada por una generación de jóvenes criollos novohispanos, entre los que destacaron Andrés de Ibarra y los nietos de Legazpi, Felipe y Juan Salcedo, oriundos de la Puebla de los Ángeles.

Establecidos los españoles en Filipinas, se inició un intenso tráfico mercantil entre estas tierras y Nueva España, a través de la ruta trazada por Urdaneta en su tornaviaje, debido a que ella habría de circular, por espacio de doscientos cincuenta años, la famosa *Nao de China*, uniendo primero al puerto de Navidad con Cebú y más tarde a Acapulco con Manila. Pero, además de las cuestiones de carácter meramente comercial, se formaron entre ambas provincias intensos vínculos e influencias recíprocas en el ámbito social, cultural, artístico, religioso, etcétera, y desde luego en el aspecto gubernativo, pues Filipinas se integró como una provincia o gobernación más del virreinato novohispano y no como la colonia de otra colonia, como afirma Chaunu.¹⁴

En lo que al gobierno temporal se refiere, las Filipinas constituyeron la provincia más distante de lo que fuera el inmenso Imperio de las Indias Occidentales. Su gobierno ordinario estaba encomendado a un gobernador y el superior al virrey de Nueva España, y en lo referente a su organización judicial, existió allí una audiencia subordinada a la de México, que fue establecida en 1584 por el gobernador Santiago de Vera, alcalde de corte de México y su primer presidente. Cabe señalar que muchos de los gobernadores y oidores de Filipinas fueron de origen novohispano y que en varias ocasiones su designación provenía del virrey de Nueva España, como fue el caso de los gobernadores Fernando de Silva, Juan Niño y Juan Cerezo, entre otros.

Dependiendo las Filipinas del virreinato de Nueva España, la distancia

¹³ Copia de una carta venida a Sevilla, a Miguel Salvador de Valencia. La cual narra el venturoso descubrimiento que los mexicanos han hecho, navegando con la armada que su majestad mandó hacer en México. Con otras cosas maravillosas, y de gran provecho para toda la Christianidad: son dignas de ser vistas y leídas, en Barcelona, per Pau Cortey, 1556. Primera reproducción facsimilar del primer impreso que trata de la expedición de Legazpi al archipiélago filipino. En Madrid, año de MCMV.

¹⁴ Pierre Chaunu, *Las Filipinas y el Pacífico de los ibéricos, siglos XVI, XVII y XVIII*, México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, 1974, p. 26.

existente entre ellas producía graves inconvenientes, sobre todo cuando fallecía el gobernador, el presidente de la Audiencia o cualquier otro alto funcionario, pues la designación del sustituto debía hacerse por el virrey. Para obviar tales problemas, Felipe IV, por real cédula, dada en Madrid el 2 de abril de 1664 (R.I.2:15.58), dispuso que, en caso de muerte del gobernador, la Audiencia se hiciera cargo interinamente y, si moría el capitán general, lo supliría el oidor más antiguo.

Al igual que la conquista material del archipiélago filipino, la espiritual también fue obra de novohispanos, pues de los conventos de México, Puebla, Michoacán y otros más, salieron los agustinos, franciscanos, jesuitas y dominicos que habrían de convertir a sus habitantes a la fe de Cristo y junto a las iglesias y los conventos también se erigieron colegios, seminarios y universidades, como el Colegio de la Concepción, fundación jesuítica en Manila, que fue “Universidad, donde con el magisterio, vigilancia y cuidado, que acostumbra la Compañía, se enseña a leer, escribir y contar, Gramática, Retórica, Artes, Teología y Escritura: y el rector da grados de bachilleres, licenciados, y doctores con todo rigor de cursos, exámenes, y actos literarios: como en Salamanca y México.”¹⁵

De esta manera la cultura novohispana cruzó el Pacífico, a través de sus naturales o de españoles avecindados y formados en sus conventos, y se difundió y enraizó de tal forma que convirtió a Filipinas en el lugar más occidentalizado del Oriente.

Entre los muchos religiosos mexicanos que pasaron por Filipinas, no podemos dejar de mencionar al inquieto poblano Felipe de las Casas, quien ingresó al convento franciscano de Santa María de los Ángeles de Manila en 1593, para salir más tarde a su martirio en Nagasaki y convertirse en San Felipe de Jesús, primer santo mexicano y patrono de las Indias Occidentales.

Junto a todos esos humildes frailes y misioneros, el clero mexicano también dio a Filipinas muchas de sus altas dignidades eclesiásticas, prácticamente podemos afirmar que en su inmensa mayoría los obispos filipinos fueron formados en Nueva España o eran naturales de ella, como sucede con el primer arzobispo de Manila, fray Domingo de Salazar, natural de la Rioja y prior del convento de Santo Domingo de México;¹⁶ don Diego Vázquez, deán de Manila

¹⁵ Diego Zapata, “Prólogo y descripción de las Filipinas”, en *La perfecta religiosa*, Puebla, Viuda de Juan de Borja, 1662, núm. 86.

¹⁶ *Ibid.*, núm. 64.

y Michoacán, obispo de Campeche y arzobispo de Manila;¹⁷ don Miguel Poblete, natural de México, catedrático de Prima Teología, maestrescuela de la Puebla de los Ángeles y arzobispo de Manila;¹⁸ fray Francisco de Zamudio y fray Nicolás de Zaldívar, originarios de México y también arzobispos de Manila;¹⁹ don Manuel Rojo Luván y Viera, distinguido abogado, uno de los fundadores del Ilustre y Real Colegio de Abogados de México²⁰ y arzobispo de Manila, etcétera.

Fue política constante de la Corona española premiar a los funcionarios públicos y eclesiásticos que en alguna forma se distinguían en Filipinas; a quien aceptase un cargo en el lejano archipiélago, se le ofrecía el traslado al virreinato de Nueva España. Así, por ejemplo, encontramos que, ante la falta de letrados, se ofrecía a quienes aceptasen alguna vacante en Filipinas y la sirviesen satisfactoriamente por espacio de cinco años, al término del plazo, darles en propiedad el cargo de alcalde del crimen en la ciudad de México.²¹

En lo económico las Filipinas prácticamente dependían de Nueva España, pues el mercado para sus productos y los que por ella pasaban, provenientes de la China, Tailandia, Japón y la India, era precisamente Nueva España, a cuyo puerto de Acapulco viajaba anualmente el famoso *Galeón de Manila*, cargado de mercaderías que constituían una inmensa fuente de riqueza para las casas comerciales de México, cuyos apoderados asistían a las ferias de Acapulco para adquirir el cargamento del Galeón, que más tarde se vendía en los comercios de la capital del virreinato. Por su parte, Nueva España fletaba al Oriente diversas mercancías, en especial oro y plata destinados a los orfebres filipinos.²²

La incorporación de Filipinas al imperio hispánico significó, además de la realización del sueño colombino, el puente comercial y cultural con el idealizado imperio del gran khan; por ello sus habitantes pronto conformaron un amplio mosaico étnico, producto de la mezcla de las más diversas razas y culturas. Para el siglo XVII, según la descripción hecha por fray Diego Zapata, la ciudad de Manila era una verdadera metrópoli, con calles bien trazadas,

¹⁷ *Ibid.*, núm. 67.

¹⁸ *Ibid.*, núm. 71.

¹⁹ *Ibid.*, núm. 76.

²⁰ Francisco de Icaza Dufour, "El Ilustre y Real Colegio de Abogados de México", en prensa.

²¹ Manuel Josef de Ayala, *Diccionario de gobierno y legislación de Indias*, edición de Milagros del Vas Mingo, Ediciones de Cultura Hispánica, 1988, tomo II, núm. 77.

²² Antonio Álvarez de Abreu, *Extracto historial del comercio entre China, Filipinas y Nueva España*, México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, 1977.

hermosas sacadas a nivel como las de México y Puebla: la plaza mayor es grande, cuadrada y bien proporcionada [...] las casas [...] las más de piedra de sillaría, con hermosa balconería de hierro, y ventanaje, y suntuosamente fabricadas: habitadas de algunos caballeros, y nobleza, y de doscientos vecinos mercaderes (que forman su república) de soldados, ministros reales, prebendados, y otros vecinos [...] A la parte Oriental de la ciudad fuera de ella [...] está una alcaicería que llaman Parián, donde de ordinario vienen quince mil chinos sangleyes, naturales de la Gran China, todos mercaderes, o oficiales [...] la variedad de naciones, que se ven en Manila, y sus arrabales, es la mayor del mundo; pues se ven hombres de todos los reinos, y naciones.²³

De esta manera, es fácil comprender que la cultura novohispana trasplantada a las Filipinas pronto sufrió las influencias de los más diversos pueblos, en especial de los orientales, y con ello se conformó una cultura propia, de características bien definidas, que a su vez va a influir en la sociedad americana, principalmente a través del intercambio comercial, pero también por los funcionarios públicos, eclesiásticos, catedráticos y tratantes que después de un largo tiempo en el archipiélago cambiaban su residencia a América.

Una primera consecuencia de la hazaña de Legazpi es la manifestación de una conciencia de que la empresa no había sido realizada por peninsulares sino por novohispanos, a quienes, según veremos, se les designa como novohispanos, lo que nos hace percibir la aparición de un criterio distintivo entre europeos y americanos, o sea que nos encontramos frente a una manifestación temprana del naciente criollismo novohispano, que como señala Brading²⁴ es antecedente del nacionalismo, pues con razón el padre Bernard dice que “por el número de nativos de nuestro país y por haberse organizado en la ciudad de México con personal y elementos de ella y porque los mismos principales, Legazpi el primero, eran de vieja raigambre en este país y consideraban como suya esta patria de sus hijos y de sus glorias, esta expedición se consideró y se llamó desde aquellos tiempos mexicana”,²⁵ como puede constatarse en la carta enviada desde México al comerciante sevillano Miguel Salvador de Valencia,²⁶

²³ Diego Zapata, *op. cit.*, núm. 33, 36 y 37.

²⁴ David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, SEP, 1973.

²⁵ Citado por María Teresa García-Moreno Castelazo, “Evangelización de agustinos y franciscanos en las Filipinas. Actuación de México en dicha obra”, en *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año iv, 1964, p. 103.

²⁶ *Id.* nota 13.

dándole cuenta de la exitosa expedición de Legazpi y lo ufanos y orgullosos que se encontraban por ello los novohispanos “que tienen entendido que serán ellos el corazón del mundo”. Años más tarde, en 1716, esta misma idea se pondría de manifiesto en el mapa idealizado del Mundo Hispánico, trazado con la imagen de la Inmaculada Concepción, por don Vicente de Mimije, en Manila,²⁷ en el que aparecen las Filipinas a los pies de la virgen, el cuerpo conformado por el mapa de las rutas marítimas del Pacífico, en donde destaca el Seno Mexicano y, a la cabeza de la imagen, España y Roma.

Otra interesante manifestación del incipiente nacionalismo novohispano en esta época, la encontramos en el relato del criollo Alonso de Arellano, quien junto con Legazpi zarpó del puerto de la Navidad al mando del patache *San Lucas* y, a consecuencia de una borrasca, se vio obligado a regresar, por lo cual llegó de nuevo a la Navidad, el 9 de agosto de 1565. En el relato, como destaca Alberto de la Garza,²⁸ además del uso de gran cantidad de mexicanismos, el autor hace constante invocación de Santa María de Guadalupe, el símbolo más caro del nacionalismo, que ya marca una diferencia con los peninsulares, devotos de las diversas invocaciones marianas propias de España o bien de la virgen de los Remedios, cuyo culto estaba muy generalizado en Nueva España. En la relación de Arellano destaca la promesa a la virgen de “llevarle este papaigo a su casa de Guadalupe en México”,²⁹ en caso de salir con vida de aquel desastre. Los sobrevivientes cumplieron su promesa y aún puede verse a un costado del cerrillo del Tepeyac el mástil del patache *San Lucas*.

Una muestra de la influencia filipina en la vida novohispana podemos encontrarla en primer término con el famoso Parián de Manila, al que ya hemos aludido y que, a semejanza de él, aparece en la ciudad de México, a mediados del siglo xvii, un mercado también denominado Parián, el cual ocupaba una buena parte del zócalo capitalino y en donde con licencia otorgada por el virrey duque de Linares, en el año de 1712, los tratantes de Filipinas llevaban para su venta las preciadas mercaderías traídas por el *Galeón de Manila*. Tampoco podemos dejar de mencionar nuestro traje nacional femenino de “china pobla-

²⁷ Este curioso mapa fue reproducido en *Recopilación de leyes de los reinos de Indias*, México, Estudios históricos jurídicos, Escuela Libre de Derecho, 1987.

²⁸ Alberto de la Garza, “Testimonios documentales”, en *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año iv, 1964, p. 175.

²⁹ “Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar”, en *Anuario de Historia*, op. cit., p. 217.

na”; aunque sus orígenes son oscuros, una hermosa leyenda popular lo atribuye a una princesa filipina, que llegó a México como esclava en el siglo xvi.³⁰

La sociedad gustó siempre del lujo y la ostentación, muy especialmente en el siglo xviii, al que podemos considerar como el Siglo de Oro novohispano, por el florecimiento que alcanzaron las artes, las ciencias y, desde luego, por la abundancia de riquezas, provenientes del comercio, la industria y la agricultura, y estos cresos amigos del refinamiento y el lujo encontraron en el *Galeón de Manila* toda clase de exquisiteces para la moda y la decoración de sus palacios barrocos y neoclásicos. El Galeón traía para ellos las figurillas de marfil, entre las que no faltó la imagen de la Guadalupana; piezas de porcelana de Indias y vajillas con motivos orientales o emblemas heráldicos;³¹ todo género de muebles “achinados” y biombos de todos tamaños, materiales y decoraciones; las tallas de madera y toda clase de telas, mantelería, vestidos, bordados, mantones, rebozos, etcétera.

Ahora bien, lo más importante de toda esta riqueza traída del Oriente por conducto de Filipinas fue la influencia que ejerció sobre las artes decorativas novohispanas con sus diseños, formas y colorido que, combinada con la tradición propia del artesano mexicano y su excepcional sensibilidad artística, ha producido piezas de gran belleza y calidad.

En síntesis, la influencia filipina repercutió en la cultura novohispana, de una forma directa a través de sus manufacturas; de los artesanos filipinos asentados en Nueva España, que transmitieron sus conocimientos a los mexicanos; de todos aquellos funcionarios, clérigos, comerciantes, etcétera, que después de residir en las Islas pasaron a México, y de una manera indirecta, por medio de todas las mercaderías del extremo Oriente que, después de pasar por Filipinas, eran distribuidas en América.

³⁰ Vid. Ramón Mena, “China poblana”, en *Anales del Museo Nacional de Antropología e Historia*, México, 1947.

³¹ De las llamadas “vajillas blasonadas” se conocen 36, fabricadas para la Nueva España, de las cuales 20 fueron decoradas con los escudos de prominentes familias novohispanas; éstas fueron: Ahedo, Álvarez de la Cortina, De la Canal, Cervantes, Cortázar y Rábago, Fernández de Tejada, Icaza, Iraeta, marqués de Altamira, marqués de Rivasacho, marqués de Selva Nevada, Ovando, Valdés Tamón, Villar Villamil, y la del presidente don Anastasio Bustamante, fabricada con posterioridad a la Independencia. A éstas habrán de agregarse las de los virreyes Bucareli, dos fabricadas para Revilla Gigedo, para el marqués de la Sonora, y para el visitador Gálvez. Las demás vajillas de este tipo son las llamadas de proclamación, mandadas fabricar por algunas ciudades, villas, gremios o academias, con motivo de la exaltación al trono de alguno de los monarcas.

Como ejemplo de lo anterior, podemos pensar en nuestra famosa talavera, imitación de la española, cuya técnica fue introducida a Puebla por los frailes dominicos hacia 1526,³² pero fue hasta mediados del siguiente siglo que la alfarería poblana empezó a producir ejemplares de importancia, para llegar a su esplendor durante el siglo XVIII. La loza achinada, de azul intenso tomado del óxido de cobalto, y los motivos orientales de pequeños paisajes, animales y follaje cubriendo prácticamente toda la pieza, de tal manera que el color blanco apenas se percibe, así como las formas y diseños tomados por los artesanos de las porcelanas azul y blanco de la dinastía Ming, época que coincide con el inicio del intercambio comercial entre Filipinas y Nueva España,³³ hacen de la talavera poblana uno de los más bellos ejemplos del sincretismo cultural mexicano, en donde se fundieron la tradición artesanal del indígena, la técnica española y el color y la forma del Oriente.

Los famosos mantones de Manila, cuajados de bordados de flores multicolores, deleite de las damas novohispanas y peninsulares, fueron motivo de inspiración de los artesanos de Michoacán y Guerrero, principalmente para decorar sus preciadas bateas, jícaras, huajes y tecomates policromados con laca o maque.³⁴

El uso de la laca o maque para la decoración de los más diversos artículos era conocido en el actual territorio mexicano desde la época prehispánica. En Michoacán, el ilustre obispo don Vasco de Quiroga implantó, entre otras industrias, la de la fabricación de diversos objetos de madera pintada con una especie de laca.³⁵ Con el tiempo esta industria se esparció por diversos estados de la república; algunos lugares han llegado a alcanzar gran fama por la belleza de los artículos que elaboran, como es el caso de Olinalá, Uruapan, Pátzcuaro y Chiapa de Corzo. Entre estos objetos cabe destacar los populares arcones y cajas de Olinalá, las camas, cajoneras y charolas, cuya decoración multicolor, sobre un color oscuro, generalmente negro y brillante, con pájaros en vuelo, flores, leones chinos, paisajes y en especial el sauce llorón, tomados de las

³² Romero de Terreros y Manuel Vinent, *Las artes industriales en la Nueva España*, México, Librería de Pedro Robredo, 1928, p. 127.

³³ Vid. Leonor Cortina, "Polvos azules de Oriente", en *Artes de México. Nueva época. La talavera de Puebla*, México, núm. 3, 1989, p. 54 y ss.

³⁴ Vid. Francisco de P. León, *Los esmaltes de Uruapan*, edición facsimilar del manuscrito original, México, Fomento Cultural Banamex, 1980.

³⁵ Romero de Terreros y Manuel Vinent, *op. cit.*, p. 128.

porcelanas y los bordados, muestran claramente la influencia del Oriente, venida por Filipinas, que adquirió carta de naturaleza en México.

De origen asiático y popularizados en Nueva España a mediados del siglo xvii, en que empiezan a fabricarse principalmente en Puebla,³⁶ son los biombos, algunos de ellos fabricados en el Oriente “por encargo”, decorados con motivos novohispanos y otros hechos en México con técnicas o diseños achinados y es en ellos en donde puede apreciarse de manera más patente la aplicación de las técnicas de arte chino y japonés.

El mueble mexicano tampoco pudo sustraerse de la influencia oriental, que recibió, según señala Manuel Carballo,³⁷ en una forma directa por medio de las mercaderías traídas por el *Galeón de Manila* o bien en forma indirecta, por la influencia del mobiliario inglés de inspiración china, como es el caso de los estilos rey Jorge, reina Ana y Chippendale. Bajo estas influencias, los artesanos mexicanos han creado un estilo propio, al que podemos llamar achinado de México o chinería mexicana, acorde con la cultura y los gustos del país, pues por “la alegría de su colorido, la riqueza de los materiales, sus diseños abigarrados, la elegancia de sus formas, su brillantez, se aparejaron naturalmente con el gusto criollo por lo colorido y lo suntuoso”.³⁸

Otro claro ejemplo de influencia filipina lo podemos ver en los famosos enconchados, cuya técnica fue aprendida por los artífices novohispanos a través de filipinos traídos expresamente a Nueva España para adiestrarlos en ese arte, y ni qué decir de nuestras riquísimas manufacturas textiles, realizadas por todo el territorio nacional, en cuyo colorido y dibujos podemos fácilmente descubrir el influjo del Oriente.

Con esta serie de ejemplos no hemos pretendido más que hacer mención de las principales consecuencias de la hazaña de Legazpi muchas veces olvidada o minimizada por nuestra historia y, de ninguna manera, una enumeración exhaustiva de ellas, pues habrá de recordarse que el descubrimiento de esa influencia oriental sobre nuestras artes, impresionó profundamente al Doctor Atl y a Miguel Covarrubias le hizo exclamar: “el arte mexicano de la Colonia es más chino que español”.³⁹

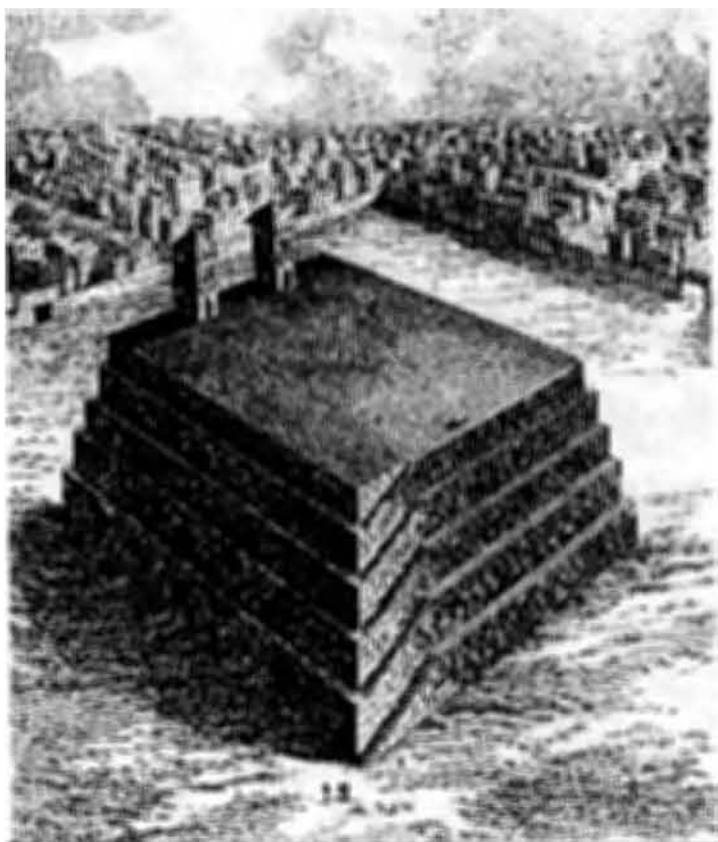
³⁶ Teresa Castelló Yturbide y Marita Martínez del Río de Redo, *Biombos mexicanos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970, p. 12.

³⁷ Manuel Carballo, “Influencia asiática”, en *El mueble mexicano. Historia, evolución e influencias*, México, Fomento Cultural Banamex, 1985, p. 129.

³⁸ *Ibid.*, p. 12.

³⁹ *Ibid.* nota 34, p. xx.

El *Galeón de Manila* llegó por última vez a Acapulco el año de 1815, cuando la Nueva España se encontraba en plena revolución de independencia y al triunfo de ésta, en 1821, los gobiernos del México independiente simplemente ignoraron aquella provincia que por espacio de casi trescientos años formó parte del virreinato novohispano y, al quedar roto ese vínculo, las Filipinas pasaron a depender directamente de España, hasta que le fueron arrebatadas por los Estados Unidos, en 1898, y este último país impuso sobre ellas su cultura hasta prácticamente hacer desaparecer el uso de la lengua castellana y la memoria de sus orígenes. Por ello, dice Chaunu que “Filipinas constituyen todavía hoy la flor y nata de la hispanidad, ya que es la más paradójica, amenazada, agredida y victimada, la más comprometida, pero una de las más fértiles y entrañables en el corazón de España”.⁴⁰



⁴⁰ Pierre Chaunu, *op. cit.*, p. 27.